

LIBROS REVISADOS

Bayés, R. **SIDA y psicología**. Barcelona: Martínez Roca, 1995.

El abordaje psicológico y científico que el autor hace al tema de la infección por VIH se encuadra en un marco de solidaridad especialmente dedicado a todo aquel que siente la inquietud y el deseo de poner su granito de arena en la lucha contra una de las muchas injusticias de nuestra sociedad, como es el rechazo y la marginación de las personas portadoras del VIH y de los enfermos de SIDA.

En el capítulo 1 hace una descripción detallada de lo que es el problema del SIDA, vías de transmisión, epidemiología y una actualización farmacológica al respecto. Lo más importante del apartado sería la definición de SIDA como enfermedad conductual donde el cambio de conductas sería el arma más eficaz en la lucha contra este problema. Hace también una revisión de la problemática, en relación con las cárceles, la prostitución y las violaciones. El capítulo finaliza hablando de la multidimensionalidad del hombre, y la importancia de los equipos interdisciplinarios a la hora de hacer una intervención global en la enfermedad.

El segundo capítulo lo dedica a los objetivos de una intervención psicológica tocando el tema del problema que supone el enfoque educativo habitual a la hora de abordar una enfermedad centrándose sólo en su tratamiento olvidándose de la prevención de la misma. Determina cuales serían los objetivos en prevención primaria y se centra sobre todo en los riesgos que conlleva el etiquetado de los enfermos con VIH, ya que esto crea la llamada "falsa seguridad". Recalca la importancia de la prevención en el aspecto sexual, debido a la desaparición de lo conocido como "grupos de riesgo", y describe distintas estrategias que confieren diversos grados de garantías frente a la infección (absolutas, elevadas y dudosas).

Hace también hincapié en los comportamientos de prevención en los usuarios de drogas por vía parenteral haciendo de nuevo una enumeración de estrategias que garantizan en distinta medida la protección frente al contagio del virus, señala los distintos programas puestos en marcha en este campo, como son el de deshabituación, el programa de mantenimiento con metadona, el de intercambio de jeringuillas y el de cambio de vía de administración, y sobre todo la utilidad de los

elementos facilitadores a la hora de comenzar un programa de cambio de conductas, ya que la información por sí sola no es suficiente, aunque si necesaria.

El tercer capítulo está dedicado a cómo conseguir los objetivos en prevención primaria, de nuevo señala la insuficiencia de la información en la adopción de conductas preventivas, proponiendo en este apartado un modelo psicológico de prevención; este modelo se caracteriza por ser multifactorial e interactivo y se encuentra influido por los modelos de Green y Rachlin. La propuesta pretende poseer características bio-psico-sociales y ser dinámica, centrándose fundamentalmente en: el cambio de actitudes y normas, la disminución de reacciones emocionales adversas, el adiestramiento en habilidades, la facilitación de conductas alternativas a las de riesgo, y el refuerzo de conductas de prevención.

El capítulo hace también un repaso al tema de la psiconeuroinmunología, centrándose en el binomio emoción y SIDA, tras una amplia revisión a la bibliografía relacionada con el tema se apoya en el trabajo de Spiegel con el carcinoma de mama metastásico para apoyar la estrecha relación y la importancia del apoyo psicológico en la modulación del sistema inmune.

Posteriormente hace un análisis funcional de la conducta para intentar responder a interrogantes "¿Por qué muchas personas bien informadas practican conductas de riesgo?", halla la clave en la relación temporal que hay entre la conducta y el refuerzo de ésta, y habla del importante papel que cumple la demora de la recompensa; una posible alternativa propuesta sería el acercamiento cognitivo de las consecuencias a largo plazo de los comportamientos de prevención. Dedicado, también, un apartado en este capítulo a analizar la influencia en las conductas de lo que es el riesgo percibido frente al riesgo real y a la importancia del refuerzo social en la adopción de comportamientos de prevención.

En todo el capítulo introduce como herramienta fundamental a la hora de llegar a los objetivos, el counselling, tanto en la prevención de la población general como en el caso de los profesionales que trabajan directamente con el tema, introduciendo en este punto el síndrome del burn-out. Finaliza el apartado con un repaso al tema del deporte y el SIDA.

En el capítulo cuarto considera cómo conseguir los objetivos en prevención secundaria y terciaria, basándose en este caso en el modelo asistencial de Stjernswarrd en el que se habla ya no sólo de curar sino de cuidar; introduciendo aquí el tema de la terapia paliativa, donde cambian los objetivos en relación con la terapia curativa.

Merece la pena detenerse en la idea planteada por el autor, según la que para cubrir los objetivos con los enfermos en situación terminal son importantes dos cosas:

1. La concepción integral del hombre.
2. Los equipos multidisciplinares.

Hace también un análisis detallado de la problemática referente a la ansiedad, la depresión y el sufrimiento en el SIDA subrayando la importancia de la ayuda emocional en ésta enfermedad, no solo por el incremento que supone en la calidad de vida sino por su importante relación con el sistema inmune. Una vez más introduce el counselling como herramienta más eficaz en la comunicación con enfermos con VIH en todos los aspectos, y para evitar el síndrome del burn-out en el personal sanitario.

Dedica un apartado a la atención a los enfermos en situación terminal y en la gran labor que se desarrolla en las unidades de cuidados paliativos, sobre todo a nivel de control de síntomas, acompañamiento y soporte emocional tanto al paciente como a su familia; es interesante la presentación que hace de los enfermos en situación terminal.

Los siguientes puntos tratados se refieren a la hipocondría y al SIDA, a la utilidad del counselling en parejas VIH que desean tener hijos, en niños y en adolescentes, y retoma la importancia del bienestar en enfermos crónicos, de las unidades de cuidados paliativos y del papel del psicólogo en dichas unidades.

Finaliza el capítulo haciendo mención a la función de las ONGs en éste problema.

El capítulo quinto está dedicado al tema de cómo saber si hemos conseguido los objetivos propuestos; donde el apartado en los aspectos referentes a la investigación en VIH y sus necesidades y determina algunas pautas útiles en éste área, también se detiene en el arte de hacer las preguntas no sólo a nivel de manejo psicológico sino también de investigación médica.

El siguiente punto trata de la evaluación neuropsicológica y a la importancia de la elaboración de instrumentos rápidos, válidos y fáciles de administrar para poder determinar el avance de la enfermedad y para poder evaluar la posibilidad de alteración neuropsicológica sin tener que recurrir al TAC o resonancia que son más costosos y lentos. Es especialmente interesante en éste punto el análisis que hace de la batería desarrollada por Arranz para éste tipo de exploraciones y su utilidad a nivel práctico.

Hace también una revisión de la forma de evaluar el comportamiento sexual, la conducta adictiva, y la calidad de vida en personas infectadas, tanto adultos como niños, presentando en éste apartado el cuestionario de percepción de síntomas en este tipo de pacientes dirigido a identificar los síntomas que más molestan al enfermo y de esta forma solucionarlos para mejorar su calidad de vida y que el último período de éste no sea una espera angustiosa de la muerte, sino tiempo de vida. Es destacable también la evaluación que hace del grado de adaptación a la enfermedad y la observancia del tratamiento por el paciente; de los programas tanto españoles como americanos de intercambio de jeringuillas, y de las conductas de riesgo.

El capítulo finaliza con un pequeña repaso sobre la investigación de SIDA en España y América latina, siempre desde un prisma psicológico, destacando como pioneros en éste campo a Pilar Arranz desde el hospital La Paz en Madrid, Pilar Barreto en Valencia y el propio autor entre otros.

Cordelia Estevez